

LAS CORTAS Y FELICES VIDAS DE EUSTACE WEAVER

Fredric Brown

I

Cuando Eustace Weaver inventó su máquina del tiempo, fue muy feliz. Sabría que tendría al mundo en un puño si conservaba el secreto de su invención. Podría convertirse en el hombre más rico de la tierra, un potentado más allá de los sueños de la avaricia. Todo lo que tenía que hacer era emprender breves viajes al futuro para saber qué acciones subirían en el mercado y que caballos ganarían, para después regresar al presente y comprar esas acciones o apostar a tales caballos.

Primero comenzaría con las carreras, desde luego, ya que necesitaría mucho capital para jugar en el mercado de valores, mientras que en las pistas podría empezar con una apuesta de un par de dólares y rápidamente multiplicarla hasta lograr miles. Pero habría que apostar en las propias taquillas del hipódromo; pues, jugando así, quebraría con demasiada rapidez a cualquier corredor de apuestas y, además, no conocía a ninguno. Por desgracia, los únicos hipódromos en actividad en ese momento eran los del sur de California y Florida, ambos más o menos equidistantes: a unos cien dólares en pasajes de avión. No tenía para empezar, y le llevaría semanas ahorrar tal cantidad a partir de su salario de empleado de supermercado. Sería horrible tener que esperar tanto tiempo, sobre todo para empezar a ser rico.

Repentinamente recordó la caja de caudales del supermercado donde trabajaba en el turno de tarde, desde la una a las nueve, que era la hora del cierre. Habría por lo menos mil dólares en la caja, y la cerradura era de tiempo. ¿Qué mejor que una máquina del tiempo para atacar una cerradura de tiempo?

Cuando fue a trabajar aquel día se llevó su máquina; era bastante compacta y la diseñó de modo que cupiera dentro del estuche de una cámara fotográfica, de modo que pudo introducirla en la tienda con facilidad. Cuando puso en el casillero su sombrero y abrigo, también dejó la máquina del tiempo.

Trabajó como de costumbre, hasta unos minutos antes de la hora del cierre. Entonces se ocultó en la bodega tras una pila de cajas de cartón. Tenía la seguridad de que nadie lo echaría de menos durante la salida de los empleados, y así fue. Para mayor seguridad esperó casi una hora más, asegurándose de que todos se habían marchado. Entonces salió de su escondite, sacó la máquina del casillero y fue hacia la caja. Esta tenía un mecanismo fijo, para abrirse automáticamente once horas más tarde; Eustace ajustó su máquina del tiempo exactamente a ese periodo.

Se aferró bien a la palanca de la caja. Uno o dos experimentos anteriores le enseñaron que todo lo que usara, llevara o cogiera, viajaría con él a través del tiempo. Entonces apretó el obturador de la máquina.

No sintió nada, pero escuchó el mecanismo de la caja al abrirse y, al mismo momento, exclamaciones y voces excitadas a su espalda. Se volvió, comprendiendo de inmediato el error cometido: eran las nueve de la mañana del día siguiente y los empleados de la tienda, los del turno de mañana, ya se encontraban allí, notando la falta de la caja y formando un cerrado semicírculo

alrededor del hueco que quedaba en su lugar cuando la caja y Eustace aparecieron de súbito.

Por fortuna, aún tenía la máquina en la mano. Rápidamente giró el indicador a cero, y oprimió el botón.

Y, por supuesto, volvió nuevamente al punto de partida y...

FIN

II

Cuando Eustace Weaver inventó su máquina del tiempo sabía que tendría el mundo en un puño, mientras mantuviera el secreto. Todo lo que tenía que hacer para hacerse rico era llevar a cabo breves viajes al futuro, para ver que caballo ganaría en las carreras y que acciones subirían y después regresar y apostar a esos caballos o comprar esas acciones.

Los caballos serían los primeros, pues requerían menos capital aunque el no tenía ni siquiera dos dólares que apostar por no mencionar el coste de los pasajes de avión hacia el hipódromo más cercano.

Pensó en la caja fuerte del supermercado donde trabajaba como empleado en el almacén. En la caja habría por lo menos diez dólares y tenía una cerradura de tiempo. Una cerradura de tiempo sería un juego de niños para una máquina de tiempo.

Así que cuando fue a trabajar aquel día se llevó la máquina del tiempo oculta en un estuche de cámara fotográfica y la dejó en su casillero. Cuando a las nueve cerraron la tienda se escondió en el almacén y esperó una hora hasta estar seguro de que todos se habían marchado. Entonces sacó la máquina y se dirigió a la caja.

Fijó la máquina para un lapso de once horas más tarde, pero entonces pensó en otra posibilidad. Dicho ajuste lo trasladaría a las nueve de la mañana del siguiente día. La caja se abriría entonces, pero también estaría abriéndose la tienda y tendría gente a su alrededor así que, en vez de lo anterior, fijó la máquina para un plazo de veinticuatro horas, asió la palanca de la caja y oprimió el botón de la máquina del tiempo.

Al principio pensó que nada ocurría. Entonces se percató de que la manivela de la caja se movía cuando le dio vuelta y que, por lo tanto, el salto a la noche del siguiente día era un hecho. Y, por supuesto, el mecanismo de tiempo de la caja se abrió en ese transcurso. Abrió la caja y cogió todo el dinero que encontró, guardándolo en todos sus bolsillos.

Antes de salir por la puerta lateral, buscó el pasador que mantenía la caja cerrada por el interior, pero entonces le asaltó un pensamiento brillante. En vez de salir por una puerta hizo uso de la máquina del tiempo, aumentando el misterio al dejar las puertas perfectamente cerradas y regresando al punto donde había ultimado su idea, día y medio antes del robo.

Así, para cuando tuviera lugar el robo, él podía tener una coartada perfecta; estaría en un hotel de la Florida o California, a más de mil kilómetros de la escena del crimen. No pensó antes en la máquina del tiempo como una generadora de coartadas, pero ahora se daba cuenta de que cumplía dicho propósito a la perfección.

Marcó el cero en la máquina y oprimió el botón.

FIN

III

Cuando Eustace Weaver inventó su máquina del tiempo, sabía que tendría al mundo en un puño, mientras mantuviera la invención en secreto, porque jugando a las carreras y a la bolsa se haría fabulosamente rico en muy poco tiempo. El único problema era que estaba totalmente arruinado.

De pronto recordó la tienda en la que trabajaba y la caja de caudales que operaba con una cerradura de tiempo. Pero una cerradura de tiempo no sería problema para quien tuviera una máquina del tiempo.

Se sentó, a pensar, en el borde de la cama. Metió la mano en el bolsillo para sacar un cigarrillo y, al hacerlo, sacó también un puñado de billetes, ¡billetes de diez dólares! Buscó en los demás bolsillos y encontró dinero en todos. Lo reunió en la cama, lo contó y resultó que tenía, aproximadamente, mil cuatrocientos dólares.

De pronto se dio cuenta de lo ocurrido y ríe alegremente... Había ido hacia adelante en el tiempo y había vaciado la caja de caudales del supermercado, empleando la maquina para retornar al punto en que planeaba el robo. Y dado que el atraco aún no había ocurrido en el tiempo normal, todo lo que tenía que hacer era largarse del pueblo y estar a mil millas de distancia de la escena del robo, cuando este ocurriera.

Dos horas más tarde estaba en un avión con destino a Los Angeles, hacia el hipódromo de Santa Anita, sumido en sus pensamientos. Algo sobre lo que no había pensado antes era el hecho aparente de que, cuando diera un salto al futuro y regresara no recordaría nada de lo que todavía no había sucedido en realidad.

Pero el dinero regresó con él. Por tanto, también sucedería lo mismo con notas y apuntes o publicaciones sobre carreras de caballos o las páginas de finanzas de los diarios. No tendría problemas.

En Los Angeles tomó un taxi y se hospedo en un buen hotel. Ya era bastante tarde y decidió aguardar hasta el día siguiente para dar un salto al futuro, así que, por el momento, se metió en la cama y durmió hasta casi el mediodía.

El taxi se detuvo en un embotellamiento en la autopista y no llegó al hipódromo de Santa Anita hasta que la primera carrera no hubo terminado, pero alcanzó a ver el número del ganador en el tablero y lo anotó en su programa. Vio cinco carreras más sin apostar, anotando los ganadores cuidadosamente, y no se molestó con la última carrera. Abandonó la tribuna y se deslizó bajo ella, buscando un sitio aislado donde nadie pudiera verlo. Colocó el dial de la máquina dos horas antes y oprimió el botón.

Nada ocurrió. Probó nuevamente, con el mismo resultado, y entonces una voz a su espalda le dijo:

- No funciona. Hay un campo que lo desactiva.

Se volvió y junto a él se encontraban dos jóvenes altos y esbeltos: uno era moreno y el otro rubio y ambos tenían una mano en el bolsillo, en actitud de empuñar un arma.

- Somos de la Policía del Tiempo - informó el rubio - del siglo XXV. Venimos a sancionarle por uso ilegal de una máquina del tiempo.

- P-p-pero - tartamudeo Weaver - c-cómo puede saber que la carrera estaba... -. Su voz se hizo más firme -: Además, no he hecho todavía ninguna apuesta.

- Es verdad - asintió el rubio -. En cualquier caso, cuando encontramos un inventor de una máquina del tiempo usándola para ganar cualquier clase de juego, le advertimos la primera vez. Pero hemos investigado y averiguado que el primer uso que hizo usted de ella fue para robar dinero de una tienda. Y eso es un crimen en cualquier siglo -. Sacó de su bolsillo algo que se parecía vagamente a una pistola.

- No intentarán... - protestó Eustace, retrocediendo.

- Por supuesto que si - aseguró el joven rubio, y accionó el gatillo. Fue el fin de Eustace Weaver.

FIN

Edición digital de Paul Atreides